

Las colecciones de Documentos de Trabajo del CIDE representan un medio para difundir los avances de la labor de investigación, y para permitir que los autores reciban comentarios antes de su publicación definitiva. Se agradecerá que los comentarios se hagan llegar directamente al (los) autor(es).
❖ D.R. © 2000, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C., carretera México-Toluca 3655 (km. 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210 México, D. F., tel. 727-9800, fax: 292-1304 y 570-4277. ❖ Producción a cargo del (los) autor(es), por lo que tanto el contenido como el estilo y la redacción son responsabilidad exclusiva suya.



NÚMERO 03

Jean Meyer

**MÉXICO EN UN ESPEJO. TESTIMONIO DE LOS OFICIALES
FRANCESES DE LA INTERVENCIÓN, 1862-1867**

Resumen

En el marco de una encuesta sociológica e histórica sobre el cuerpo de los oficiales de la intervención francesa en México (1862-1867), realicé un intento por reconstituir la visión inmediata que tuvieron de México. La muy particular visión de estos turistas puede conocerse a través de abundantes testimonios en su correspondencia oficial y privada. Es por ello que este trabajo descansa fundamentalmente en fuentes de archivos. Está organizado de manera temática: el paisaje, el Estado y sus servidores, la sociedad en general, los campesinos y los indios, la mujer, la Iglesia y la religión, el soldado, los liberales y los conservadores. En un trabajo posterior titulado “¿Qué diablos estamos haciendo aquí?”, presentaré el juicio de los mismos oficiales sobre la intervención francesa.

Abstract

Based on a sociological and historical inquiry of military officers involved in the French Intervention of Mexico, I attempt to reconstruct their first impressions of Mexico. These special tourists left an abundant amount of private and official correspondence. This study is based fundamentally on archive sources and it is organized thematically: landscapes, the State and its officials, society in general, peasants and indians, women, the church and religion, the soldiers, *liberales y conservadores* (the Liberals and the Conservatives). In a future paper, entitled “What the hell are we doing here?”, I will present how they judged their intervention in Mexico.

Introducción

Ya que de testimonios se trata, diré unas palabras sobre los testigos. Entre 1862 y 1867 unos 1300 oficiales extranjeros conocieron México. Si dejo de lado a los no combatientes (administración, intendencia, transportes, salud), restan 1000 hombres, de los cuales 70 son oficiales de marina. He logrado localizar 784 expedientes personales, 610 de ellos están completos, es decir con todas las rúbricas. He encontrado a todos los generales y oficiales del Estado mayor y a gran parte de los oficiales superiores; me faltan tenientes y en proporción mayor, subtenientes. Tengo localizados sólo a 15 de los 70 marinos y a 31 de los 100 artilleros. Menciono como curiosidad a 22 extranjeros, oficiales admitidos en los Estados Mayores como observadores, combatientes o no: 9 suecos, 3 prusianos, 2 polacos, 2 moldovalacos, un ruso. De los 1300 oficiales que llegaron a México 117 murieron de enfermedad y 108 en combate; es decir, el 18%. No eran combatientes 56 de los 225 que murieron de enfermedad o en combate, ¡30 de ellos eran médicos!. Pero no se trata hoy de la historia, ni de la sociología histórica del cuerpo de los oficiales de la expedición a México. La visión de México que tienen los oficiales y sus juicios sobre la expedición los obtuve de fuentes tan abundantes como heterogéneas, inéditas y publicadas. Las fuentes inéditas provienen todas de los archivos militares parisinos que pude estudiar en forma exhaustiva, entre 1997-1998, durante un año sabático financiado por el CIDE y la Fundación Guggenheim.

Testimonios manuscritos inéditos

- 1.-Correspondencia oficial, a) diaria y quincenal, b) informes especiales, memorándums, testimonios.
- 2.-Cartas privadas, a) entre oficiales, b) a familiares.
- 3.-Diarios, bitácoras.
- 4.-Memorias.

Testimonios publicados

- 1.-Memorias publicadas en vida y memorias póstumas.
- 2.-Correspondencia (idem).
- 3.-Historias (idem).

La riqueza de la correspondencia oficial es abrumadora. Por ley, se elaboraba “le rapport de quinzaine” (informe quincenal), dividido en informe militar reglamentario e informe político, con las siguientes rúbricas: problemas, actitudes del pueblo, del clero, de los grandes propietarios, de los comerciantes, de los

campesinos, de los indios, de la administración imperial, de los liberales pacíficos y de los disidentes (combatientes). El mariscal, los generales de las dos divisiones, y todos los comandantes de zona tenían que redactar esos informes. Además disponemos de la correspondencia confidencial entre los jefes del cuerpo expedicionario y el Secretario de Guerra; de la correspondencia del Estado Mayor General; de la correspondencia general de las dos divisiones; y de la de los comandantes de plazas y de subdivisiones.

He podido leer 55 publicaciones, de 55 oficiales. No sé cuántas se me habrán escapado. Tengo 66 autores de correspondencia oficial o privada importante. Unos apellidos se encuentran en las dos listas, pero en total y descontando la repetición, son cerca de 100 los testigos, lo que muestra una proporción muy alta. No cabe duda que México hizo correr las plumas sobre el papel y que los testimonios sobre el país, así como los juicios sobre la expedición son mucho más abundantes que los que corresponden a la guerra de Crimea –el contacto con los rusos fue inexistente– y a la guerra de Italia –fue demasiado breve–, y, lo que es más sorprendente, a la guerra de 1870-1871 (proporcionalmente).

Una explicación podría ser la ociosidad, el aburrimiento en el cual se encontraron, durante largas temporadas, los oficiales en México; la otra es la fascinación ejercida tanto por el país, como por la tragedia final que llevó a una reflexión sobre la responsabilidad de Francia.

Del material acumulado y seleccionado se podría hacer un estudio semiótico y un análisis del contenido y del vocabulario en primer y segundo grado; también se podría cruzar dicho estudio con los datos biográficos del autor, para ver si hay una sensibilidad particular a la infantería, caballería, artillería o marina; e incluso según los grados, los orígenes sociales y militares (egresados de las escuelas militares o troperos).

Hoy me limitaré a presentar los testimonios. Citaré con abundancia, así que me prestaré a la acusación de impresionismo. Bien podría armar una serie de cuadros por temas, ventilados en tres columnas correspondiendo a un juicio de valor positivo, otro negativo, y el último sin opinión y de manera cuantitativa. Luego sacaría los porcentajes, en curvas y gráficas. Sin embargo, preferí el discurso temático-literario, en la forma siguiente:

- 1.-El paisaje
- 2.-El país y los paisanos
 - 1) Estado y administración
 - 2) La sociedad en general
 - 3) Los campesinos y los indios
- 3.-La mujer
- 4.-Iglesia y religión
- 5.-El soldado mexicano; liberales y conservadores

¿QUÉ ES ESTE PAÍS?

(Lluvina, Juan Rulfo)

El paisaje

Muchos oficiales dibujaban a lápiz, practicaban la acuarela en forma de esbozos; tiempo después, con calma, algunos de ellos pintaban al óleo paisajes y retratos a partir de esos esbozos.¹ Otros practicaban la fotografía con pasión –a veces eran los mismos. Por desgracia la inmensa mayoría de las fotografías y de los cuadros se han dispersado al azar de las sucesiones: de repente, uno da con algunas piezas en tiendas de antigüedades o en mercados de baratilla; su recolección rebasa las posibilidades del investigador, tanto en tiempo como en dinero. El historiador se queda con la frustración de las innumerables alusiones a esos iconos en la correspondencia. Así, el médico-mayor Jules Aronssohn menciona el tercer álbum fotográfico; el capitán Jules Bochet comenta las fotos de los nueve novios y de las nueve novias que tomó en Lagos (14/marzo/1864); otro realiza series sistemáticas de iglesias, fuentes, plazas, artesanos, etc...

El paisaje, en su infinita variedad, es apreciado de manera positiva (35 de 41 menciones). El coronel Adrián de Tucé, en plena carrera detrás del liberal Regules, exclama (Uruapan, 25 de febrero de 1865): “¡Jamás he visto algo tan hermoso! De no encontrarse tan lejos, sería una felicidad vivir en semejante país”. El joven teniente J. Rafelis de Saint Sauveur se declara “fascinado por la belleza del paisaje tropical”. El general de caballería, el africano du Barail(1820-1902) futuro secretario de Guerra, se deleita en largas descripciones admirativas:

El 2 de junio, la división bajó de Río Frío y el cuartel general se instaló en Buena Vista, rancho que bien merecía su nombre. Desde ese punto se divisaba un panorama admirable. A nuestros pies, un valle más amplio aún que el de Puebla, en forma de circo, cerrado por un anfiteatro de cerros y abajo se adivinaba, sin distinguirla aún, la capital de este hermoso país, la antigua ciudad fundada en 1325 por los aztecas, bajo el Nombre de Tenochtitlan, llamada después México. Nuestros ojos paseaban por una multitud de granjas y pueblos rodeados de plantaciones, escondidos debajo de la vegetación; y el sol, cuyo globo deslumbrante planeaba sobre tantas riquezas, tanta fecundidad, hacía centellar a lo lejos, los espejos de los cinco grandes lagos que rodean a México(...) Duré más de una hora, una hora inolvidable, una de esas horas cuya embriaguez paga el cansancio de toda una campaña y explica la atracción del oficio militar; duré, perdido en mis admiraciones, mis reflexiones, mis sueños. [du Barail, I, 453]

¹ Teniente Auguste Chateau, capitán Oscar Lahalle y muchos más.

El teniente Claude Romignon exclama: “¡Ah! ¡Que rica comida! ¡Que hermosas muchachas! ¡Que gente más buena!” y transcribe:

Este país, tal como lo veo, es la Edad Media, con sus monjes y pordioseros, sus pobres escolapios, sus oficiales de ventura, sus mercenarios indisciplinados, sus Cartouches y Mandrins (bandidos populares del siglo XVIII francés. N. Del A.), sus leprosos, sus mujeres de la pachanga, buenas niñas no demasiado mal vistas, tomando tanto placer como el que proporcionan(...) La Edad Media de la espoliación teocrática y feudal, de los odios patrióticos y religiosos, de la guerra y de la ferocidad, de la miseria y del ocio, de la horca, del robo... [diario manuscrito; cita a Ernest Vigneaux *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique*. París, 1864: 554-555]

El general du Barail, ese admirador del paisaje, tiene ojo clínico de geógrafo social: concluye su descripción de Guadalajara (enero de 1864) con estas anotaciones:

Lo que llama la atención en esta ciudad, como en todas, es el estado de vetustez, de degradación de los monumentos, apenas terminados. Todas estas ciudades mexicanas que podrían ser más que hermosas, nos dejan una impresión análoga a la que uno resentiría frente a un joven de 25 años ya apagado por la senil decrepitud. Alrededor de Guadalajara, en un radio de una legua, hay jardines, huertas, sembradíos, y después, nada, el desierto. Es algo muy impresionante en México. Uno camina por una campiña totalmente abandonada, sólo unos caminos generalmente deteriorados atestan el paso del hombre. Ni casas, ni pueblos, ni cultivos. Y, de repente, uno encuentra, sin el menor anuncio, ciudades de cincuenta, sesenta, cien mil almas. En Francia, la proximidad de las grandes ciudades se anuncia con ranchos, rancherías, pueblos más o menos considerables, granjas, fábricas y otros emisarios de la ciudad. En México, nada tal: una ciudad en medio del desierto. Eso es, claro, el resultado de la anarquía que ha devorado tanto tiempo aquel país. Las ciudades eran un refugio contra el bandolerismo, contra las gavillas.(...) Ciertamente, ahí están las haciendas; construidas como para resistir un sitio y defendidas por la guarnición de sus numerosos trabajadores. Pero son pocas y, para poseerlas, se necesita un gran capital. Y así es como todo el polvo humano que se dispersa sobre un país civilizado, fecundándolo, se encuentra, acá, reunido en montoncitos, dejando a su esterilidad una tierra bendita que no pide más que producir. [du Barail, I, 501-502]

El capitán Adolphe Fabre desembarca con sus juicios ya aprendidos: al día siguiente de su llegada a Veracruz, escribe a su familia (24 de septiembre de 1862): “A la vista de aquella bella ciudad destartada, entiendo la decadencia próxima a la muerte de una sociedad que no tiene ni la sombra de un sentido moral, desconoce la frontera entre el bien y el mal y hace que digan de ella: “en principio, no hay en

Un año después, el mismo general se enamora del Mar Chapálico: Suiza no ofrece nada tan hermoso como ese inmenso mantel de agua clara, adormecida sobre el altiplano, circunscrita a distancia por cerros artísticamente cincelados que le proporcionan un marco maravilloso. El lago es el cuartel general de una cantidad prodigiosa de pájaros de todas especies y tamaños, desde el pato silvestre hasta los flamings y las garzas mayores. [du Barail, I, 505.]

El capitán Adolphe Fabre, futuro general, escribe el 5 de marzo de 1863 a su familia que:

Salimos de Quecholac el 3 y llegamos a las 10 a Acacingo. Cuando uno se adelanta sobre la meseta del ANÁHUAC el país se vuelve más y más hermoso y hace olvidar la tristeza y la desolación de Palmar y de la Cañada. El rumbo de Acacingo es de lo más espléndido; vuelve lo verde y una portentosa vegetación; pero lo que cautiva la vista y vuelve el paisaje tan atractivo es el horizonte sin límites que va hasta el Pacífico, son los picos nevados que se levantan en medio de una rica campiña, bajo un cielo de una perfecta limpidez, en medio de una atmósfera de una transparencia y de una ligereza incomparables. Sin duda, no hay espectáculo más impresionante en todo el mundo [Después de describir el valle de Puebla, La Malinche, el Popocatepetl, el Izta, prosigue]. Me entusiasmo sobre manera con esa magnífica y grandiosa naturaleza que me lleva a la ensoñación y a la exaltación. Entiendo como, al contemplar las maravillas prodigadas con tanta profusión por el Creador en este país, el alma sea vivamente impresionada y el espíritu pierde su escepticismo. [Fabre: 434]

Admira Acacingo, sus casas, los tres templos de la plaza.

Uno es especialmente admirable con su cúpula adornada de azulejos de mil colores y sus dos campanarios moriscos; adentro es maravillosa la profusión de riquezas, oro y plata que tapizan todas las paredes. [Fabre: 435]

Uno de ellos, el médico, mayor Aronssohn cita a un novelista famoso de la época, que no tardaría en volverse un clásico de la literatura infantil, como Fenimore Cooper, Mayne Reid:

Allá lejos, al otro lado de las oscuras y embravecidas olas del inquieto Atlántico, dejando atrás las islas antillanas de perenne estío, hay un país encantador. Su terreno tiene el tinte de la esmeralda; su cielo, el del zafiro; su sol es un disco de oro. ¡Es el país de Anáhuac!... ¡Viajero, ven con nosotros! No temas. Presenciarás escenas sublimes y tenebrosas, alegres y hermosas. ¡Poeta! Allí encontrarás temas de poesía dignos de tus inspirados cantos. ¡Pintor! Para ti hay allí cuadros de admirable frescura, pintados por la mano de Dios. ¡Novelista! Allí encontrarás leyendas aún no cantadas por el escritor, leyendas de amor y de odio, de gratitud y de venganza, de falsedad y

de abnegación, de nobles virtudes y de repugnantes crímenes; leyendas de fragante romanticismo y ricas de realidad. ¡Vamos hacia allá, surcando las oscuras y embravecidas olas del inquieto Atlántico, a través de las islas antillanas, hacia las orillas de Anáhuac!

El final de la expedición no cambia el sentir del futuro general Olivier quien escribe: “La ciudad de México está cada día más bella. Los conventos se derrumban para dejar el lugar a hermosas casas, monumentos, paseos...”. El capitán Jules Bochet, si regresa feliz a Francia, como todos sus compañeros, escribe que conservará la “nostalgia de este hermoso país”. Dejo la última palabra al médico mayor Jules Aronssohn: “Si México tuviese la paz, el mundo entero quisiera venir a vivir acá... Cómo olvidar las noches de Guadalajara cuando me paseaba en la plaza, alumbrado por una luna tan clara que podía leer a su luz, con grandes sombras negras y mujeres, cabello suelto y mantillas, pareciendo hermosas todas bajo el astro de amor” (México, carta del 26 de septiembre de 1865).

El país y los paisanos

Estado y administración

A diferencia del paisaje, ellos provocan un concierto unánime de críticas y condenas: 100%. Tanto el Estado como la administración contribuyen a justificar la intervención francesa y a explicar su fracaso. No todos tocan el tema; algunos no se interesan sino por lo que afecta al ejército francés. Así, en sus numerosos cuadernos, el capitán Oscar Lahalle no habla de política mexicana, sino a la hora de los pleitos entre Maximiliano y Bazaine, sin preocuparse de los verdaderos problemas mexicanos. Su indiferencia, compartida por muchos (no puedo decir cuántos) hacia el México político y social, corresponde al deseo de salir cuanto antes del atolladero.

La correspondencia política y militar de los oficiales machaca la visión negativa de la vida política mexicana y subraya, en conclusión, que la intervención no tiene en donde apoyarse. Los oficiales piensan, en esas condiciones, que si Francia no viene a conquistar una colonia o a establecer un protectorado, tiene que irse cuanto antes.

El capitán de navío Henri Rivière escribe:

El rasgo principal de la existencia política mexicana es la anarquía. Desde un tiempo inmemorial, se vive del desorden, de la competición entre generales, entre jefes de pandillas, de la rivalidad entre provincias, entre ciudades. La concusión, la rapiña, las exacciones son hechos normales, aceptados, etiquetados con palabras casi honestas. Así es y uno tiene que acostumbrarse, uno deja de sufrir por esto y los que piden a gritos el orden son una muy pequeña minoría. La población mexicana, cuando se trata de administración, no tiene la noción del bien y del mal. Es uno de los arrecifes sobre los cuales

han venido a fracasar todos nuestros intentos de reorganización. Nunca creyeron en nuestra buena fe, en la lealtad de nuestras intenciones, y se burlaron de nuestras tergiversaciones y de nuestra dulzura. A lo mejor, el equilibrio moral no se puede restablecer en naturalezas pervertidas, sino por el terror, que no por la persuasión. Cuando el castigo pone fin a la impunidad, la conciencia despierta. Un hombre demasiado calumniado, el coronel Dupin, bien lo entendió y su sistema de implacable severidad rebasaba por mucho nuestras impotentes teorías civilizadoras. [Henri Rivière, 1881: 16-17]

El general Brincourt, comandante del Estado de Puebla, escribe en los mismos términos, en agosto de 1863, a su futuro edecán el capitán Tordeux:

Las autoridades están compuestas de hombres enérgicos que roban y de hombres honorables que no tienen energía. La justicia se vende, la protección se compra. En todas partes, hermosas promesas que no se cumplen en ningún lado. Las poblaciones piden armas para defenderse y cuando el enemigo se presenta huyen. Los distritos siempre piden dinero y nunca dan, los recolectores de impuestos cobran su sueldo y nada para el gobierno. El comercio no vive sino de contrabando, la industria es casi nula y la agricultura arruinada. Los baches son más anchos que las carreteras, los puentes se caen de viejo, las canalizaciones son rotas, los bueyes de labor se los comen y los caballos se mueren de flacos.

El médico general, el alsaciano Ehrmann escribe el 25 de octubre de 1864, en carta privada al general Picard:

El pasado de aquel país singular está más o menos conocido en Francia; el presente es una época de transición, de ensayos, de intentos; el porvenir está cubierto por un velo espeso. En donde se encuentran los franceses, son los dueños, y van muy lejos, pero adonde no llegan, no se puede contar con nada(...) el pueblo inerte y disimulado, en el cual los sentimientos patrióticos tienen raíces poco profundas, quien perdió confianza en cualquier tipo de gobierno, quien tiene un horror muy grande del extranjero, ese pueblo deja hacer y dice que sí, pero no se rinde a las ideas que nos dominan.

La sociedad

Es los que los oficiales llaman “el pueblo en general” o “el mexicano”. El abanico de juicios es muy abierto, desde el que abomina al “mexicano” (son pocos: no más de cinco testimonios), hasta el que lo exalta: “Amo al mexicano, hay en él un fondo inagotable de bondad. Quiere al extranjero, claro no al extranjero gubernamental que lo quiere esclavizar, sino el extranjero pueblo que quiere serle útil; quiere al francés que no lo desprecia. Por desgracia, un culpable instinto aristocrático lleva a muchos extranjeros a tratar con desprecio al hijo de esa raza”.

México sino canallas; la única diferencia es que unos lo son más que otros”.(...) Un país por regenerar y rehacer de la base a la cima”.

Desde Córdoba, el 21 de octubre de 1862, escribe: “En este país todos los que trabajan y producen son emigrantes europeos ayudados por los descendientes de la vieja población india; todo lo que es criollo o mestizo, es decir descendiente de los españoles, se queda inactivo o se hace bandido.” La teoría racial de la época.

Muy de la época también, los intentos de explicación científica (que retomará el famoso Julio Guerrero en su *Génesis del crimen en México*): “La altura del altiplano causa menos oxigenación de la sangre y más “state veineuse”; esto explica la apatía física, unida a la viveza de la inteligencia, así como el gran ardor en las empresas y la poca perseverancia en la ejecución. Especie de infancia perpetua con amor de lo que brilla, su amabilidad e inconstancia. Por lo mismo la despreocupación tan admirada de los mexicanos en circunstancias que nos tienen apasionados. El amor tal como lo entendemos les es casi desconocido; conocemos su famosa impassibilidad en el juego, es casi la misma frente a la muerte. ¿Será fuerza de carácter, esfuerzo capaz de dominar las pasiones? No, es temperamento. El hombre que vive a 3000 mts. sobre el nivel del mar, bajo una presión atmosférica de 58 en lugar de 76, quien quema en su economía menos oxígeno(...) tal hombre vive de particular manera y su cerebro debe funcionar así también” (Aronsohn a su familia, 7 de mayo de 1863). Por cierto, todos celebran el valor sobrehumano de los mexicanos frente a la muerte.

El teniente Henri Loizillon (1836-1914) (carta del 9 de abril de 1864) escribe a su hermana: “Son de un estoicismo soberbio en presencia de una muerte que saben no poder evitar”.

El mismo teniente denuncia en la hacienda la causa de la miseria de las masas; ve en ella “un sistema feudal” y en los peones “nuestros siervos de antaño” (misma carta). Casi todos los oficiales, con unas pocas excepciones, entre las cuales el capitán Lahalle (1823-1904), subrayan la miseria de los peones y de los indios.

Los campesinos y los indios

Indio y campesino (paysan) son palabras intercambiables bajo la pluma de los oficiales, menos cuando hablan de los rancheros. La miseria en el campo les impresiona tanto que buscan entender el fenómeno: la raza vencida ha sido reducida a la servidumbre (los peones) por el conquistador (Blanchot, Loizillon, Niox, Wolf...). El peonaje por deudas, los castigos excesivos la leva son estigmatizados. El intendente y capitán Myrtil Grodvolle (1829-1866) y el general Brincourt manifiestan un entendimiento inmediato y generoso de los problemas del campo. Grodvolle siente mucho la situación de “esa buena, dulce, pobre raza india “(Carta a su familia del 19 de abril de 1863).

A él no le interesa lo exótico, no confunde al indio con “le peau rouge” de los Estados Unidos que fascina a muchos jóvenes oficiales de la División del general Castagny que opera en el Noroeste; aquellos mencionan en sus cartas arcos y flechas

comprados o canjeados con los “temibles comanches” de las novelas de su reciente niñez. Lahalle cuenta largamente la visita a México de los Kikapooos de Luisiana que vinieron a pedir tierras a Maximiliano y exhibieron un retrato de Luis XV. (Lahalle: 436).

Un lugar común universal es que el indio forma la parte miserable (por explotada), pero sana de la población. El africano Víctor Margueritte (†1870), general de caballería, no duda en hacer la comparación entre México y Argelia, tanto por la tierra como por el hombre. Encuentra que en ambas partes todo descansa sobre el “noble campesino indígena”. El capitán A. Fabre (1º de noviembre de 1862) dice que

la población indígena, la que descende de la vieja raza de los aztecas es muy interesante a observar(...) Esos infelices sometidos a una verdadera esclavitud por la raza conquistadora y víctimas de todos los partidos(...). Son 5'000,000 de 7'500,000, los parias, los ‘puerquitos’ y casi las acémilas de los criollos y mestizos. Dignos de interés bajo todo punto de vista, esas pobres gentes se entregarán a nosotros con entusiasmo, cuándo se convencerán de que el gobierno francés no se parece ni al gobierno revolucionario, ni a la antigua dominación española(...) Sobre ellos tendremos que apoyarnos, consagrándonos a su regeneración y poniendo un bozal a la colección de crápulas que hace la ley desde hace demasiado tiempo.

Así nació un “indigenismo” político-militar, nada sorprendente si uno piensa que muchos oficiales tenían antecedentes africanos (casi el 60%) y que los mejores de ellos habían trabajado en los famosos “bureaux des affaires indigenes”, o “bureaux árabes”. Entablaron inmediatamente relaciones con los indios: en Veracruz y Puebla, desde los primeros días de la intervención, después en el altiplano, más tarde en la tierra caliente de Veracruz y Tamaulipas, en el séptimo cantón de Jalisco (Tepic), en Sonora, Chihuahua y Coahuila. En todas partes entablaron alianzas con los indios. Después de la toma de Puebla, Brincourt arma una contra guerrilla indígena en la Sierra Norte de Puebla y cerca de Córdoba; dos años después, a fines de 1865, hace lo mismo con los tarahumaras en Chihuahua, mientras que el general Castagny presume de su “guardia personal huichol” y manifiesta el mayor respeto al general Manuel Lozada, universalmente estimado por los franceses que pagan la soldada de su tropa pero no logran nunca entrevistarse con él. El coronel Isidore Garnier (1816-1892), hace otro tanto con los yaquis (carta del 17 de junio de 1865), mayos y ópatas.

Por eso, a la hora de la evacuación, todos esos oficiales desarrollaron un terrible sentimiento de culpa, al abandonar unas poblaciones que habían comprometido con la intervención y el imperio. El general Brincourt no perdonó nunca la muerte de sus aliados del Noroeste, a manos de los liberales. Su ira no iba contra los liberales, sino contra los responsables franceses a lo largo de la intervención. Brincourt quien prefería “romper mi espada antes que ensuciarla”, gustaba de publicar sus decretos y proclamas en lengua indígena.

ALTIPE CHANEQUE:

Nó ichtique. quimoxaxallacatia in tlahueli de política, quizacuilia inon tlacallotl quimáti tiquipanos, tlatocas, para tlanamacas de tleé itrabajo oquichicacahui, pues nó ninimin itech, otli, quin tlachtiquia icá intominzin, porque quipian armas ica temomutian para quin mactilisque tlentipizin quita ceé pobre quipia, ica afuerza quichtiquin san tle quiniqi. Yo con oquitualla quichihuasquia in soldados franceses, icnile oquitlatisquia incalmé, tlamictisquia ica cihuame ó inpilhuanzizin ihuan otlachtiquisquia de tlee tehuaxca.

Millacpa onanquitaque ni quintitlani itechi Altipetl no soldados, ihuan cuali onanquitaque quenami quipia imuizo, tlaca de cuali inimilis, de millac muison ihua tlaimecazin, ipanpa in oficiales qué quinoza ica chicahualistli quin chihualtia malleto cuali justicia, quipalehisque in tleé cuali, porque in franceses amo tlacacallahuan, amo tlachtiqui, ihuan quitlaxtlahua nochin tlen intechmoniqui.

In tlatoqui quenami ocatea, ocsapa llehuan mismo chaneque, quixilos in tlahuili de partidos, como quenami niquin nanahuatia; amo occeé tlamantli qui chihuas, solo quitas chípahuac ihuan cuali justicia, cualyotica ihuan de milahuac.

Ihuan, tehuan, non cualtin titlaca ticmati titequipanosque; amo cuali timocalaquisque ó occeé tiquilhisque afuerza para mamocalaqui itech partidos de política. Pues, in partidos de política cáxilia quenami ceé motlani icatomin itech baraja, miscualnextis ihuan ictimomatis; pero amo ica ceé moricotilia solo sirviroa de tlapixqui, tetlachilisque ihuan satépan inocupa tlahueli, cocolistli, pobrecalloti in aquin montecahuilian quin tlatolmacan.

In motocayotia emperador toachca, motenetoc nohuia ihuan quimuisitan, axan ohuala hasta nican tozalan.

In general Forey, comandante en jefe, quenami ohuala yá oqui teixpanti, ya porque quení quihualtitlani. ihuan qué quitua, que amo ohuala itech inin República de México otlapopuloco, solo para in contra tlahueli de anarquía, ihuan quipalehuis milácayopan non Macehualtin quenami nochipa lleccquizán ica guerra civil.

In no soldados ica imuiso quin yeeita, nochi tlatatl nó de muistique, mostle quimita quenami cualtin tlaca, mote cnitia ica cuali, ihuan quipalehuian aquí quintla tlasotla.

Xicpillacan confianza de inin intervencion francesa, porque llehuatl ohuala oquípopuloco nó cadenas; quiniqi, in tlaican imagen de Dios mallican nochi libres en tleé quiniquis, ihuan principalmente quixmatis como cristiano católico, ley de la Religion, paz ihuan union nochi tlatatl.

Tla omechmacaque armas para ica napalihisque namofamilias, ihuan tle namohuaxca; para lica náquizi-zisquisque, non amo esacualtin tlaca ichtique. Ihuan, tla amo nanmillaque, nacmachilia mechtlanisque, nancásisque nochipa. icuac naniquisque auxilio, inahuac inin tlaca franceses; llehuan mechpálehisque.

Llehuatl coronel en 1° de zuavos, comandante tetiachcan de Córdoba ihuan, ialtipchuan.

*Verificau de curador de
wova - si kouton de ya
con ay habitantes de
mexico - Ch*



vinouret

Para concluir con los indios, citaré un manuscrito del coronel del Estado Mayor Claude Manèque (†1870), terminado en México el 5 de febrero de 1864, titulado “Apuntes sobre México” (Notes sur le Mexique): “Es en la raza indígena, elevándose cada día más hacia el nivel del europeo, que se encuentra el porvenir de México, mucho más que en la avenida de inmigración del viejo continente”. Él no soñaba con “blanquear a México”.

Los testimonios son tan ricos que no resisto la tentación de mencionar a algunos de los mejores observadores. El teniente Claude Romignon nos dejó su diario: describe todos los itinerarios, no de manera topográfica, sino evocando los paisajes, tomando apuntes sobre la geografía humana, la agricultura, las haciendas, los acueductos y las presas que describe con admiración. Narra el temblor del 2 de octubre de 1864 que le tocó en Oaxaca, ciudad que lo llena de deleite. Cuenta su excursión a Monte Albán y Mitla: “me evoca los grabados de los monasterios egipcios”. El 30 de marzo de 1866 describe el “maravilloso eclipse total de luna” en el Salado, cerca de Matehuala. Los bailes, los encuentros con los mexicanos y las mexicanas, todo le gusta, todo lo apunta. Habla y escribe español, transcribe canciones, dichos, refranes y pláticas. Así, en agosto de 1865 en Tuxpan, anota: “...añadía el tuxpeño que la cosa de la lagarta es una vaina mucho más sabrosa que la de la mujer”.

El teniente ingeniero Eloi Lussan (1836-1914) no es menos universal que nuestro legionario. Habla español y estudia náhuatl. Todo le gusta en México: la historia, la arqueología, la geología, la fauna y la flora. Nos dejó verdaderas disertaciones sobre la víbora de cascabel, las chinampas, los “mexicains indigènes”, el caballo, el lazo. Myrtil Grodvolle, joven oficial condenado por su miopía a servir en la intendencia, nos dejó además de su abundante y rica correspondencia con sus hermanos y cuñados, fotografías, acuarelas, ilustraciones, un herbario y un álbum de ornitología. Aprende español en poco tiempo, entrevista a la gente y se revela un maravilloso observador, lúcido analista. Le encanta México, pero desde enero de 1863, es decir a dos meses escasos de haber llegado, no sueña sino con regresar a Francia. Ya veremos por qué.

El teniente coronel Edmond Bonneau du Martray, del Estado Mayor General (1813-1890) escribe a su mujer y a sus hijos. Manda fotos de “indiennes”, de “tamemes”, de “le poulque”, de las diversas catedrales. A su hermano le hace la alabanza del maíz (carta del 26 de agosto de 1866) y se promete plantarlo en su Nièvre familiar, para tener grano para las aves y forraje verde para el ganado, tan pronto como se jubile. El teniente Zédé, futuro general, aprovecha la expedición de Oaxaca para “aumentar mi colección de pequeños y preciosos Budas”. Y no hablo de los oficiales que trabajan también en la Comisión Científica.

La mujer

Merece un renglón aparte. Aronssohn admira a las mexicanas desde que desembarcó (carta del 16 de noviembre de 1862). De todos mis testigos, el único gruñón, el capitán Fabre, se deja conquistar a partir del 19 de enero de 1863. Los demás son unánimes. Blanchot celebra “la belleza de las mujeres de Jalapa”. La entrada a México y el gran baile en el Teatro Nacional del 1° de julio de 1863 nos valen páginas de antología. El capitán Blanchot celebra las “fort jolies femmes”: “El tipo de la mujer de la capital me parece absolutamente notable; además es muy coqueta y gusta de lucir su ropa” (Blanchot, I: 156-8). Unos días antes, el 13 de junio, el capitán Jules Bochet escribía que “las mujeres son, en la ciudad de México, de una belleza fuera de lo común”. El intendente Wolf, hombre maduro, el “papa Wolf” del cuerpo expedicionario señala que “nuestra entrada a México es comparable al entusiasmo de los italianos cuando entramos a Milán. La belleza de las mujeres...”. El general du Barail no es menos elocuente en sus “Souvenirs” (I, 460-461). El capitán A. Fabre, ya convencido, escribe en su carta del 1° de julio de 1863.

El gran baile del Teatro Nacional fue completamente exitoso. La elite de la sociedad vino y más de 3,000 personas se apretaban en el amplio salón(...) La mayoría de las mujeres mexicanas son bellas de verdad, su cabellera negra es notablemente abundante, sus ojos grandes y vivos, su tez de un blanco mate, su pecho de un desarrollo prometedor; la boca sola, un poco grande, deja algo que desear. Pero, ¡o desgracia!, ese sexo encantador no se satisface con sus encantos naturales y, para aumentar su seducción, comete el error de pintarse la cara de manera lamentable. Se abusa de manera inmoderada del polvo de arroz y de la pintura. Las modas son enteramente francesas y por lo demás las mexicanas visten con una desenvoltura más que atractiva.

Todos se maravillan de “la pequeñez de su pié”, de “la finura de las articulaciones”, “de la mirada de fuego”, del “pelo de ébano” del “pecho soberbio” y no dejan de cumplimentar a las mexicanas como incansables y excelentes a la hora del baile. El “noviotage” (galicismo creado por los jóvenes oficiales) tiene mucho éxito. No se trata únicamente de hermosura física. Frederic Hocédé, (†1870) jefe de batallón, escribe, desde León, el 4 de marzo de 1864 que el baile ha sido encantador: “Pocas veces he visto en Francia tan gran número de muy bellas personas, divirtiéndose con tanta sencillez y con tanta alegría. Las mexicanas tienen para mí una calidad, la primera de todas, la de tener una cantidad considerable de niños que son encantadores (charmants). Todo ese mundo grita, canta en el sol, es alegre y feliz, realmente es una felicidad ver esas familias”. Está alojado con una familia, cuya “señora, bella aún, tiene siete hijos y parece decidida a proseguir”. No es de sorprenderse si hubo varios matrimonios –no muchos entre los oficiales, pero

muchos entre los varios cientos de soldados que decidieron quedarse en México (para no hablar de los desertores).*

En Guadalajara, Aronssohn y el capitán Philippe Ledémé (1831-1899) celebran la hermosura de las tapatías. Claude Romignon prefiere las oaxaqueñas, “las mujeres más encantadoras que haya visto(...) volveré a ver los ojos hermosos de la señorita Vasconcelos” (enero de 1865). Otros más prefieren las bellezas de Querétaro o de Aguascalientes. La lista sería interminable y turística. El general Brincourt, a la hora de la primera evacuación de Chihuahua, que le costó lágrimas de sangre, escribe a sus padres (Santa Rosalía, 4 de octubre de 1865): “Hemos sido extrañados por todo el mundo, hasta por los liberales más rabiosos(...) los habitantes y principalmente las habitantes han logrado quitarnos una veintena de soldados que han desertado, cosa inaudita en el ejército francés”.

El testigo siguiente no es oficial, aunque su función le dé un rango equivalente al de capitán; es el capellán de la primera división, el abate Aristide Pierard. Transcribo:

La mexicana es de una belleza notable: cabellera negro azabache y brillante, ojo de lumbre y penetrante, piel de color olivo forman el tipo universal.

(...) Su traje es sencillo. Las mujeres pobres van descalzas. Cuando salen se tapan con una mantilla de color, de algodón para las pobres, de seda para las ricas. No se usa el sombrero, tampoco el boneto o la cofia. Usted encontrará cada día en su camino hermosas mexicanas, enfrentando con valor los rayos del sol de mediodía, cabeza descubierta, el cabello adornado de flores y dispuesto en dos largas trenzas, terminadas por dos cintas de color. Todos fuman el oloroso cigarrillo, desde el niño de 5 años hasta el anciano, desde la muchacha hasta la decrepita doña. (Todos los franceses se asombran de ver a las mujeres fumar en todas partes, en su casa como en los bailes N. Del A.)

(...) El abanico, entre las manos de las mexicanas, es de la mayor utilidad: les sirve no sólo a refrescarse, sino para llamar, para saludar. Lo manejan con una asombrosa destreza y es un espectáculo curioso ver este ejercicio en las grandes asambleas y especialmente en el templo. (Abbé Pierard, 1867: 72-73, 76.)

El buen abad, quien dejó un recuerdo tan grato en la Iglesia mexicana al punto de que varios obispos le ofrecieron quedarse en México, no dudó en escribir: “La asistencia divina no me era menos necesaria para vencer las tentaciones (frente a tantas bellezas). Este país, que duda cabe, es uno donde la virtud es singularmente difícil”. (1867:92)

Dejo concluir a un último testigo:

¡Que buena mujer que es la mexicana! Uno tiene que hablar de ella con una reserva extrema para no caer en un entusiasmo desplazado, pero ¿cuál viajero un poco serio no ha cantado su alabanza? ¡Cuántos tesoros de bondad,

* 683 soldados y suboficiales reciben, entre el 10 de octubre de 1866 y el 18 de febrero de 1867, el permiso francés de quedarse en México. ¿Cuántos de 1862 a 1867?, ¿y cuántos ilegales?

sumisión, piedad, entrega en ese inteligente corazón! ¡Que mezcla, en un principio incomprensible, de debilidad y energía, en la cual uno no tarda en descubrir, con un poco de atención, un fondo inagotable de entrega(...) Quiere amor, pero un amor de buena ley y no esa pasión quintaesenciada, mentirosa y desesperada(...) ese platonismo de la depravación europea(...) La mexicana es la perla de las Américas españolas. [Vigneaux, 1863:466-7]

Iglesia y religión

No se prestan a menos lugares comunes. El 90% de los testimonios cae en los clichés del anticlericalismo liberal y de la antropología religiosa, según la cual, la religión de los mexicanos, asimilada a la de los españoles por cierto, no es más que un paganismo apenas barnizado. Esos franceses eran culturalmente católicos –los expedientes no mencionan nunca la religión de los oficiales, así que no puedo ofrecer ningún porcentaje. Casualmente me enteré de la presencia de algunos protestantes, de algunos judíos, de 11 argelinos musulmanes, de algunos masones, de muy pocos católicos demostrativos, y es todo– reaccionan como Martín Lutero en Roma: eso es el viejo paganismo.

El coronel Manèque en sus *Notes sur le Mexique* dice que “El clero mexicano no es una escuela, ni un ejemplo de moralidad, sin que uno crea todo lo que se cuenta”. El abate Testory, capellán general del Cuerpo expedicionario (el cual cuenta con sólo diez sacerdotes y tres pastores para 28,000 hombres), no habla de otra manera. Después de su pleito (1863) con el cabildo de Puebla parece un buen liberal mexicano. El general Brincourt habla de política, no de religión: “Aquí es peor que en los Estados romanos. El arzobispo en la regencia –esa estupidez– es el lobo en el corral” (Puebla, 7 de marzo de 1864). Por la misma fecha, el capitán Rodolphe Mowat (1830-1870) (8 de febrero, Tacubaya) escribe que el clero “mantiene al pueblo en un estado de embrutecimiento y de degradación tal que la civilización parece serle prohibida para siempre. Los sacerdotes nos odian y excitan la gente a no ver en nosotros sino a conquistadores cuya dominación no deben sufrir”.

Esa observación final se encuentra en una docena de testimonios. Fabre, por ejemplo, denuncia a unos curas “juaristas que dicen que los soldados franceses son mahometanos y luteranos”. Efectivamente los Tiradores argelinos (los “turcos”) eran musulmanes y el ejército contaba con pastores protestantes (dos luteranos alsacianos y un calvinista). En un informe anónimo, desde Saltillo, un oficial reporta que la población es hostil a los franceses y que “las damas de la alta sociedad van de rodillas de su casa al templo, cantando oraciones y maldiciones contra el ejército francés” (5 de diciembre de 1865).

Un informe de Guadalajara (15 de enero de 1866) denuncia que el canónigo Caserta “encabeza el partido liberal exaltado” y otro (23 de enero de 1866) denuncia

“al gobierno eclesiástico”. “En todos los pueblos intentan hacernos pasar por unos impíos y atraer sobre nosotros la animadversión del pueblo”.

El capitán Augustin Frelaut (1827-1894) retoma la copla anticlerical (Querétaro 5 de enero de 1864):

Aquí, como en todas las ciudades en las cuales he quedado en este país, tuve la oportunidad de ver de cerca un clero mexicano que vale más no conocer.

Entre el clero francés y el mexicano hay tanto parecido como entre un vaso de agua limpia y una botella de tinta, entre hombres cultos y hombres ignorantes, entre hombres morales y los que no lo son, entre sacerdotes y comerciantes; claro, hay excepciones pero no son muchas y se trata especialmente del alto clero. Pero aquél es tan convencido de su superioridad que cae en un extraño defecto, el de tomar como doméstico, considerándolo como tal, al clero pobre. Podría citar para este punto al obispo de León, que conocí particularmente.

Sin embargo, alrededor del clero hay una población fanática, especialmente los indios. El sacerdote de las grandes ciudades camina en la calle, puro en boca, la cabeza altanera, se fija todas las mujeres, recibe todos los saludos y no se le ocurre saludar a nadie; fue soberano en el país. Inútil soñar con morir en regla con el Cielo, si uno es pobre. ¡No hay extremaunción sin dinero! En cuanto a los otros sacramentos, el matrimonio por ejemplo, como el clero lo tiene en monopolio hasta la fecha, en ausencia de un estado civil, él y sólo él permite tomar mujer a cambio de finanza; de la misma manera puede prohibirlo a los pobres. Entonces, ¿qué pasa, especialmente en el campo? El matrimonio no existe y la familia tampoco.

Para ser justo, habría que decir que el clero mexicano ha conservado del clero español todos los vicios y su fanatismo, sin tener su nivel de instrucción, y creo quedar debajo de la verdad. Siento mucho tener que expresar un juicio tan severo sobre una clase de hombres tan honorables y tan respetados en Francia, pero el sacerdote mexicano se lo merece.

Inútil decir que esa colección de lugares comunes no corresponde a la realidad, ni en España, ni en México.

Para esos oficiales, el hecho de que Juan Almonte sea el hijo natural del cura José María Morelos, prócer de la historia de la independencia, es el símbolo mismo de la inferioridad moral del clero mexicano.

Al liberal E. Ruiz, autor de la *Historia de la guerra de intervención en Michoacán* (1896) no le quedará, para atacar al clero, sino copiar esos renglones de las memorias del general du Barail: “¿Quién no sabe lo que es un cura de pueblo de indios? Irreligiosos en el fondo y fanáticos en la apariencia, ávidos de enriquecerse, glotones, intemperantes y sensuales, ninguno de esos curas vive sin mujeres, aunque hay excepciones honrosas, la de los monógamos por ejemplo”. (Ruiz: 193)

El teniente Auguste Chateau, (1822-1892) del 62 regimiento, es un anticlerical volteriano clásico; en sus apuntes (San Luis Potosí, 1º de agosto de

1864) escribe: “la orquesta acompaña los últimos sacramentos. No es raro ver al clero hacer vender los muebles del convaleciente, si el enfermo vuelve a la salud, o quitarlos a los parientes si muere, para pagar la música y todas sus dependencias. Esa es la gente que predica la virtud”. (p. 103)

La mayoría de los oficiales no aprecia la arquitectura religiosa de la Nueva España que considera de mal gusto, como “esa mezcla de fe católica y de idolatría supersticiosa que es el fondo del carácter de los habitantes” (carta de A. Fabre, 24 de septiembre de 1862, Veracruz). Él mismo escribe el 1° de marzo de 1863 que “la religión católica tiene en México todas las apariencias del paganismo y uno se escandaliza de ver así desnaturalizar y ridiculizar las cosas más respetables(...) Los sacerdotes dan el ejemplo de la depravación y del vicio. La gran mayoría, para justificar su nombre de “Padre”, son en verdad los padres de muchos niños...”.

Pocos son los que emiten juicios positivos, pero, a diferencia de los anteriores que no hacen sino repetir, sin pruebas, el cliché de siempre, estos son concretos. Philippe Ledémé admira la labor de las hermanas de la Caridad, como lo hace... Benito Juárez. El capitán artillero Paul Guinard (†1863) escribe desde Córdoba (22 de abril de 1862) como se sintió “avergonzado viendo el templo transformado en cuartel y los altares de madera transformados en leña por nuestros soldados. Como francés me dio vergüenza, como cristiano he sufrido un dolor verdadero”. Luego va a rezar en una capilla. “En tiempo ordinario tengo poca inclinación para la devoción por las imágenes a la manera india, y por todo lo que materializa la religión; ayer, en reacción a la tontería de nuestros soldados, me había vuelto devoto como un *español*”. (Yo subrayo.)

Otro testigo, que se afirma cristiano también, ve en Querétaro, el 14 de septiembre, día de la exaltación de la Santa Cruz, “una escena religiosa que recuerda a los tiempos de la primitiva Iglesia. Las buenas otomies llevan sus más bellas flores; a la luz de las velas, usted ve sus lágrimas, como gotas de rocío, mojar sus mejillas y sus buquetes”. Describe con gusto a los danzantes, admira la limpieza del convento de las hijas de Santa Teresa, la pobreza de las “pobres hermanas de Santa Clara”. “El corazón sufre a la vista de las casas del Oratorio, de la Compañía, de los Agustinos, convertidas en tiendas, cuarteles, hospitales y caballerizas”. Esos testimonios son excepcionales.

El capellán Pierard tiene la reacción de un sacerdote europeo, pero es mucho más abierto que su superior Testory y entiende y respeta a la religión popular, sin escandalizarse de “algunos vestigios de las antiguas supersticiones paganas” (*Souvenirs du Mexique*, Bruselas, 1867: 162-172). Es consciente de la distancia mental que separa al pueblo mexicano de “nuestros soldados y de los Europeos”, pero no ve en eso un defecto de los católicos mexicanos. Admira las pinturas y “la costumbre de dejar volar en los templos los pájaros quienes, por sus cantos melódicos, llevan a los fieles a más piedad”. La celebración de la Semana Santa lo llena de fervor.

El soldado mexicano; liberales y conservadores

El primer contacto fue con los soldados del conservador Leonardo Márquez, que los franceses llaman “Leopardo”. Todos se expresan en los mismos términos: “una reunión de bandidos andrajosos(...) nos indigna vernos acoplados con tales canallas. Ni modo, se debe tener algún escalón para lograr la anexión de México”, escribe el capitán Adolphe Fabre, el 25 de octubre de 1862. Loizillon habla también de “banda de canallas harrapientas”. Márquez es temido, admirado, despreciado. Todos hablan de él, como todos hablarán, más tarde y siempre bien, de Tomás Mejía que tiene la ventaja de ser indígena. Muchos cambian de parecer y terminan apreciando los talentos militares, la autoridad y la honestidad personal de Márquez, pero el 22 de octubre de 1862, después del primer contacto, Fabre escribe a su familia: “¿Qué opinión tendré de un hombre quien viene a unir sus armas a las del extranjero invasor del suelo nacional? Cuando uno piensa que el partido liberal es la gran mayoría de México(...) se pregunta qué haremos más tarde con toda la gentuza de Márquez. Los que combatimos serán sin duda algún día nuestros aliados, mientras que tendremos que voltear nuestras armas contra los aliados de hoy”.

Otro (4 de noviembre de 1862) lamenta tener “en remolque a esa bola de bribones(...) Me alejo de ellos como de la peste y me las arreglo para nunca aceptar su mano”. El capitán del Estado Mayor Blanchot tiene las mismas reticencias, condena “la alianza con los clericales”, pero aprecia las virtudes militares de Márquez y de su tropa. (I, 156)*

Fabre rectifica (14 de febrero de 1863): “Un solo hombre supo conquistar nuestras simpatías, el general Márquez. Es honesto y mantiene la disciplina, por eso todos los mexicanos lo detestan”. Él mismo admira a los liberales: “Hay que reconocer que ese bribón del gobierno pone una famosa energía a defenderse(...) recuerda lo que los rusos han hecho en otra época”. Escribe eso el 20 de noviembre de 1862, a propósito de la orden, luego ejecutada, de quemar las cosechas no levantadas, después del 8 de diciembre.

Admiración universal frente a la defensa de Puebla, calificada de “nueva Saragosse”, en referencia a la heroica resistencia de la ciudad española contra los franceses de Napoleón (“La Virgen del Pilar no quiere ser francesa”). Los técnicos de la artillería y de la ingeniería (Génie) admiran las fortificaciones, el uso de la artillería, luego las barricadas a la hora de la lucha manzana por manzana, casa por casa. “Eso parece Sebastopol” (alusión a la guerra de Crimea 1854-1856 en la cual muchos oficiales habían participado). El médico mayor Aronssohn escribe el 17 de mayo de 1863, en la noche: “Todos quedamos admirados de la fuerza de los trabajos de defensa. A la larga, muy probablemente, habríamos tomado la mayoría de los fuertes, pero nunca habríamos entrado a la ciudad, sin destruirla totalmente. El hambre rindió la plaza”. El 22 de abril había escrito a su familia: “Su vigorosa resistencia hace el mayor honor a los mexicanos”.

* Brincourt y Blanchot admiran a Márquez; Lahalle, Loizillon, Wolf, para nada.

El teniente Emile de Montfort, voluntario en el 3er regimiento de Cazadores admira a Mejía, el general conservador indígena, y al general liberal Ortega; años después, en sus “Souvenirs de Guerra”, sobre México, repite su admiración para los hombres que defendieron a Puebla:

los hombres de mi generación han visto en 1870 el drama de Metz (plaza finalmente rendida por Bazaine a los alemanes, con todo el material y las banderas. N. del A.) y no pueden sino lamentar amargamente que el mariscal Bazaine no haya imitado la noble actitud del general Ortega. [:462]

El general du Barail, en sus memorias, traduce la carta de Ortega al general Forey”:

esas hermosas líneas de un jefe vencido fueron leídas por el general Bazaine. ¡Ay! ¿Por qué las había olvidado en 1870? ¿Por qué no las copió llano y sencillamente, para mandarlas al príncipe Federico Carlos? ¿Por qué el mariscal de Francia no aprovechó la lección que le había dado el general mexicano, al enseñarle cómo se acepta la derrota, después de haber cumplido con todo su deber, para intentar obtener la victoria? [du Barail, I: 441].

Con la destrucción de los ejércitos regulares, los franceses vieron el fin de la guerra formal, conducida por ambas partes en el respeto total de las leyes de la guerra y con mucha caballerosidad. La segunda etapa, la de la “pequeña guerra”, la guerra de guerrillas, cambió todo. Exactamente como en España 55 años antes. El círculo infernal de guerrilla y contra-guerrilla, represalias y represión, exasperó y desesperó a todos los oficiales, cada quien reaccionando a su manera, pero todos concluyendo que eso mismo señalaba que la intervención había sido un error, como la invasión de España, y que había que retirarse cuanto antes, para evitar otro 1814-1815. A posteriori muchos compararían Sedan a Waterloo y lo interpretarían como un castigo, en ambos casos. Pero eso es otra historia, para la cual me sobra material.

En esa segunda etapa, todos los oficiales admiran “el estoicismo soberbio (de los mexicanos) frente a la muerte”, “Hay que reconocer que esa gente muere bien” (Henry Loizillon 26 de febrero de 1864). En una tercera etapa, cuando además de las guerrillas, resurgen ejércitos liberales en forma, los de Mariano Escobedo, Ramón Corona, Porfirio Díaz, nace el aprecio para esos jefes –menos para Ramón Corona, manchado por demasiadas atrocidades en los tiempos de la guerrilla en Occidente. Se vuelve de nuevo a la guerra entre “gentlemen”. Díaz se gana la simpatía admirativa de todos los oficiales por su conducta con los presos, los heridos, los muertos y sus familias. Conservan sus dudas sobre el porvenir del ejército mexicano, diagnostican (Manèque en especial) la confusión entre el servicio público y la fortuna personal: “los oficiales no son verdaderos soldados ya que son propietarios de sus cuerpos; la tropa no es mejor, formada a base de leva y de la incorporación de los vencidos”.

Finalmente, en 1866-1867, la mayoría de los oficiales simpatizan con Juárez y los colegas liberales, como lo habían hecho en 1862-1863: El subteniente E.

Moutiez, del regimiento extranjero, cayó preso el 1° de marzo de 1866, en el combate de la hacienda de Santa Isabel, cerca de Parras, Coahuila. Preso en Monterrey, escribía a sus padres el 26 de agosto:

Siempre nos han tratado bien, estoy contento, hasta el momento, del tratamiento recibido. Ciertamente tengo quejas mucho mayores contra el ejército francés que nos ha casi olvidado, abandonado, negándose a canjearnos y abrir negociaciones con los generales Escobedo o Treviño. Treviño y el general Viesca nos han perdonado la vida, cuando debían fusilarnos, puesto que nosotros, según el abominable decreto de Maximiliano, no hacemos presos, fusilamos a los oficiales. Somos los abastecedores de los pelotones de fusilamiento de Maximiliano. (...) En ese instante estoy feliz, por poco olvido el cautiverio. Soy libre bajo juramento en la ciudad, me alojo con los oficiales austríacos [presos después del desastre de Santa Gertrudis, cerca de Camargo, Tamaulipas, el 16 de junio de 1866 N. del A.], algunos de los cuales hablan francés [como el teniente Ernst Pitner quien menciona a Moutiez en sus cartas a su familia. N. del A.], en una casa particular, sin muebles, ni dueño. Nuestras ordenanzas nos acompañan. (...)

Monterrey me gusta mucho, a no ser tan francés, tan amante del rincón que me vio nacer, me quedaría acá, en donde hay mexicanas muy bonitas. [Fue canjeado en marzo de 1867, SHAT, G7: 47]

“Alabo a Juárez y es que tenemos con nosotros únicamente a la canalla, gente que todos los mexicanos llaman traidores” (Aronsohn, 22 de marzo de 1863). Al final, poco antes de embarcarse, dice lo mismo y considera que sólo Juárez y Porfirio Díaz podrán salvar a México de la anexión a los Estados Unidos. Lo que nos lleva a otro tema, ligado a la visión de México que tuvieron los oficiales franceses, a saber su opinión sobre “l’affaire”, el “asunto”, la “expedición”, la “intervención francesa”. “¿Qué diablos estamos haciendo aquí?”

Ninguno piensa como el capellán militar belga:

Es mi convicción más profunda que América [los Estados Unidos, N. del A.] y ella sola está llamada a domar el monstruo de la revolución en México. Es obvio que Austria, después de sus fracasos recientes, no tendrá la tentación de vengar al infeliz Maximiliano. Inglaterra se felicitará de haberse retirado a tiempo de México. Francia no tendrá la menor disposición en aumentar los 2,000 millones de una deuda que México, aparentemente, no pagará nunca. Lo repito, pues, América no tardará en vencer a México, primero por razón de proximidad.

Para usar la fórmula de un general a un oficial superior belga: “prolonguemos la línea de Texas”, y Humbolt escribía ya en 1800: “Antes de 70 años verán las

diligencias bajar de New York a Filadelfia, seguir el Mississippi hasta la Nueva Orleans, luego a Monterrey, de Monterrey a San Luis, Querétaro y México". En lugar de diligencias hay que escribir ferrocarriles.

América en segundo lugar, está llamada a aplastar al monstruo de la revolución en México por el peso de su autoridad. "Vendremos -decía un general americano, hace un año, a uno de mis amigos-, con 40, 000 soldados a instalar a 20,000 de nuestros inmigrantes, escogidos entre esos 100,000 voluntarios de Irlanda, Bavaria, Tirol, Suiza y otras partes que, cada año, desembarcan en Nueva York; dividiremos esas haciendas mexicanas de 25 leguas cuadradas(...)como en tiempos de Licurgo y de Solón. ¿A poco Francia e Inglaterra soñarían con luchar contra nuestras teorías para pelearnos el terreno y meter la espada enfrente de nuestros arados? La tercera y última razón que, pienso yo, vuelve deseable la entrada inmediata de América del Norte en México, es la abundancia de sus beneficios."

Los enumera luego: una "sabia libertad", el comercio, la industria, "la religión, especialmente en este México en el cual reina la ignorancia, falta la sinceridad, es desconocida la entrega, exterior el culto (...)Dios quiera que en el instante en que termino esas líneas, los soldados de la América del Norte hayan puesto el pie en esas playas en las cuales, hace tres siglos, Hernán Cortés iba a inmortalizar su gloria". (P. Aristide Pierard, 1867)

Conclusión

Llama la atención el contraste entre la libertad de expresión y el espíritu crítico de los oficiales en cuanto a la intervención francesa, tanto en su correspondencia privada como en la oficial, y la discreción de sus opiniones políticas y religiosas. En cuestión de religión, lo normal es la ausencia. Protestan cuando los obligan a asistir a misa, sea en Roma (los del 62º Rto.) o en México. Bien podría eso corresponder a lo que el canónigo Boulard llamaba "el ateísmo social" de Francia. Además, entre los hombres de todas las clases sociales existía un anticlericalismo antiguo y fuertemente arraigado. Indiferencia y tolerancia caracterizan al cuerpo de los oficiales: no encontré una sola mención de fricciones entre católicos y protestantes o entre cristianos y judíos, ni una sola manifestación de antisemitismo. Quizá por eso el cuerpo expedicionario no tuvo nunca más de 6/10 capellanes y pastores.

Políticamente son leales al gobierno, pero no he encontrado muchas manifestaciones de bonapartismo. Se consideran "soldados de Francia", y punto. Oficiales y soldados son ciudadanos y como tales, hecho único en Europa, tienen derecho de voto. Después de 1870 varios oficiales participarían activamente en la vida política, pero antes la discreción es la regla. Unas pocas excepciones: en 1852 el joven Billot hace propaganda por la República en Saint Cyr y el capitán Aymard hace lo mismo en su regimiento. Billot sería diputado republicano de la línea dura (Gambetta) en 1871, luego senador (1875) y dos veces Ministro de Guerra. Jules Lewal sería también radical después de 1870, antes de ser el primer director de la

Escuela de Guerra (1875) y también Ministro de Guerra. Auguste Ballue (1835), capitán a los 22 años, sobrino de Letellier-Valazé, el jefe de Estado Mayor de Lorencez, el primer jefe del cuerpo expedicionario, renuncia en 1869 por sus convicciones republicanas. Por la misma razón rechaza en 1871 ser oficial de la Legión de Honor y sigue en la oposición radical al nuevo gobierno. Será diputado, como su tío.

El teniente coronel Joseph Bousquet renuncia en 1867 “descontento por las actuaciones de este gobierno”. Adrien Carrey de Bellemare (Billard en México), general divisionario en 1870, general de Cuerpo de Ejército, se encuentra “jubilado ex-oficio” en 1873 por haber escrito al Ministerio de Guerra que “no servirá bajo la bandera blanca [de los reyes] si, de casualidad, llegase la mayoría de la asamblea actual a restablecer la monarquía”.

El capitán Ludomir Matuszewicz fue condenado a muerte por haber combatido en los rangos de la Comuna en 1871, condena conmutada en deportación al presidio de Cayena. Compagny de Courvieses, teniente de Cazadores en México, amigo de Gambetta fue otro republicano radical. Entre los republicanos de los años 70 y 80 están Brémond d’Ars, Fabre, Friant, Loysel, Tucé.

Fuentes citadas

- SHAT Service Historique des Armées de Terre, Chateau de Vincennes, Vincennes, Francia.
- Barail, Général du, *Mes souvenirs*, París, Plon, 1913, 3 vols.
- Blanchot, coronel Charles, *Mémoires, L'intervention française au Mexique*, París, Nourry, 1911, 3 vols.
- Bochet, comandante Jules, *Campagne du Mexique 1862-1867. Journal d'un Officier des chasseurs a pied*, París, G. Bertin, 1897.
- Bonneau du Martray, general, Lettres du Mexique, *La Sabretache*, XXV (1922), 309-404 y 417-493.
- Brincourt, general H. A, *Lettres*, París, Plon, 1923.
- Fabre, general Adolphe, Ses campagnes d'après ses notes et sa correspondance, *Bulletin de la Société Académique du Centre*, Chateauroux, 1902, tomo VIII, 1903, tomo IX, 1904 tomo X, 1905, tomo XI.
- Frelaut, general Auguste, Lettres d'Italie et du Mexique, *La Sabretache*, XL (1937) 498-520, XLI (1938), XLII (1939).
- Grodvolle, sub-intendente Myrtil, *Lettres du Mexique*, editado por Jean Rollet, París, 1965.
- Guinard, capitaine Paul, Lettres sur la guerre du Mexique, *Revue Rétrospective*, 1892, tomo 17.
- Lahalle, coronel Oscar, *Mes souvenirs* (manuscrito en posesión de la familia)

- Ledémé, coronel Philippe, *Lettres a sa famille durant les campagnes de Crimée et du Mexique*. Montligeon, Orne, 1905.
- Lussan, coronel Eloi, *Souvenirs du Mexique*, París, 1909.
- Montfort, Emile de, Souvenirs de guerre, Mexique 1864-1867, *Le Correspondant*, 10 noviembre de 1910, 10 de diciembre de 1910, 25 de enero de 1911.
- Pierard, Abbé Aristide, capellán divisionario, *Souvenirs du Mexique*, Bruselas, 1867.
- Rivière, capitán de navío Henri, *La marine française au Mexique*. París, Challamel aîné, 1881.
- Vigneaux, Ernest, *Souvenirs d'un prisonnier français au Mexique*, París, 1864.
- Zédé, general, Souvenirs, *La Sabretache*, tomos XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX.